

ENTREVISTA ••• CARLOTA GURT

«Terminé de escribir la novela y me divorcié»

Gurt debuta en el formato largo con una cuenta atrás que mantiene al lector contraído hasta el final. Ya no será el mismo

••• MARÍA VIÑAS

A Carlota Gurt (Barcelona, 1976) la convencieron en casa, cuando era niña, de que si uno es de ciencias no puede ser de letras, y viceversa. La interiorización de esa arraigada dicotomía con tufo maniqueo privó durante años al lector de una escritura que acalambra. Retomó un hábito que siempre había disimulado ya cumplidos los 40, cuando con la excusa de una broma entre amigos —que conjugaba un certamen literario local y una cena a cargo del laureado— se arrancó con un cuento. Al sentarse recordó primero cuánto le gustaba escribir; después, cuánto le calmaba. «Cuando no escribo estoy mal, me siento peor, menos satisfecha —intenta explicar—. Escribir me tranquiliza». Así que ya de ir, fue con todo. Al mismo tiempo que escribía los cuentos con los que se alzó ganadora del prestigioso premio de relatos en catalán Mercè Rodoreda, tejó una novela áspere e inquieta, visceral. Se metió implícitamente dentro, sin llegar a caer en el tópico. «Estamos hartos de gente que escribe sobre gente que escribe; me aburro hasta yo», divaga. Habla de Mei, la protagonista, una mujer de 42 años que se refugia en una vieja masía para, sorpresa, sacar adelante una novela. «Creo que luego la historia se va por otros derroteros», observa. Así es. Una cuenta atrás empuja la lectura, de la que el lector sale siendo otro. Como de la soledad.



Gurt ganó hace dos años el Mercè Rodoreda de cuentos. • FOTO: SERGI ALCÁZAR

—Escribió esta novela como un reto, para ver si era capaz.

—Sí, me dije, «Voy a escribir una novela, ¿de qué la voy a escribir?». Y como me veía un poco perdida, cogí como excusa *Solitud*, que es un clásico de la literatura catalana, para tener algo a lo que aferrarme en momentos en los que me perdiera, para tener una especie de guía. Resultó ser más una excusa narrativa. A partir de ahí, monté encima mis temas y lo que me mueve a mí, que al final son la soledad y la locura, un tema que me interesaba mucho tratar. Y tampoco es tanto una historia sobre la soledad, sino sobre lo que nos hace la soledad. La idea de que nos acaba transformando, de que estar solo te cambia, de que de una situación de soledad no sales igual, no sales indemne. Y esta novela trata de eso, de cómo cambia a una persona un cúmulo de soledades.

—¿De qué manera nos cambia la soledad? ¿Nos cambia a mejor o a peor?

—Creo que nos intensifica, nos convierte más en nosotros mismos de una ma-

nera más intensa. Y eso puede ser bueno o puede ser malo, depende de quién seas y de cómo seas. Todo depende de lo que hagas con ella.

—Dependerá también de si es una soledad escogida o impuesta.

—Claro, pero aunque haya una voluntad, ¿qué hay detrás de esa voluntad de estar solo? ¿Está el miedo a enfrentarse al mundo, quizá? ¿O está el instinto de protegerse de los demás? En la novela, de alguna manera hay una amenaza constante, es un poco un juego que está siempre presente, la protagonista se siente todo el rato amenazada, en peligro, protegiéndose de amenazas reales o no reales. Creo que también es una novela sobre eso, sobre cómo nos sentimos amenazados y sobre cómo nos protegemos frente a la amenaza.

—¿Cómo fue el proceso de escritura? ¿Fue como el de la protagonista?

—Me cuesta mucho ver el bosque. Como estoy acostumbrada a escribir cuentos, veo mucho el árbol, pero me cuesta ver el conjunto, ver cómo funciona, si realmen-



«SOLA»

CARLOTA GURT

••• EDITORIAL
LIBROS DEL
ASTEROIDE
PÁGINAS 376
PRECIO 18,95

te hay fallos de ritmo, tomar distancia con lo que escribo. Te imaginas que el lector va a ir siguiendo unos pasos, pero no tienes ni idea de si es así o no. Hay una parte de Mei que soy yo, claro, que es la parte de su reflexión sobre cómo se enfrenta a lo que escribe: sus miedos, sus dudas, la idea de que todo lo que hace es ridículo, terrible. ¡Eso soy yo en estado puro! Pero, aparte de la de la reflexión metaliteraria, hay una emoción de fondo que es muy mía. Al final, cuando escribo, lo hago sobre cosas que me mueven, que me han tocado: cojo una emoción de mi vida, la recorto y la pego sobre otra trama y otros personajes. Los hechos no son reales, pero las emociones sí.

—¿Le ha transformado la escritura de esta novela?

—De alguna manera, cuando escribo hablo conmigo misma, ordeno mis pensamientos, es como una manera de decirme algo a mí misma. Es como cuando estás hablando con alguien y dices algo que habías pensado, pero de lo que nunca antes habías hablado. Cuando te piden una opinión y tú la emites, la verbalizas e inmediatamente estás descartando las otras. Se concreta tu opinión, tu emoción. Terminé de escribir la novela y me divorcí. Y a veces pienso que, al final, este libro era como un ensayo para mi cabeza sobre mi divorcio. El libro no va sobre eso, no tiene nada que ver, pero creo que hay una reflexión sobre la propia vida a través de lo que escribes.

—¿Habrá más novelas de Carlota Gurt?

—Sí, claro que sí. Esto es solo el principio. Ahora estoy trabajando en algo un poco más ambicioso, más polifónico, en una historia sobre la memoria, que me interesa mucho. Pensamos que es una cosa que graba nuestra vida y luego nos la reproduce cuando se lo pedimos y, en realidad, es un mecanismo de supervivencia que tenemos instalado dentro y que nos mienta cuando necesitamos que nos mienta para sobrevivir.

O noso Van Gogh literario cumpre trinta anos

••• MALORES VILLANUEVA

Orría o ano 1991 cando Manuel Rivas daba ao prelo a súa primeira novela, *Os comedores de patacas*. Xa entón era un destacado poeta e tamén un recoñecido autor de relatos, como aqueles que xunto en *Un millón de vacas* e cos que conseguiu o Premio da Crítica Galega. Nesas páxinas encontramos un tema de fonda pegada na súa escrita: a Galicia tradicional en contraposición á Galicia moderna, sen transición e abrindo un camiño de destrución e despoamento.

O título da primeira novela curta de Rivas leva o nome dun dos cadros máis



«OS COMEDORES DE PATACAS»

MANUEL RIVAS

••• EDITORIAL
XERAS
PÁGINAS
128 PREZO
17,60

coñecidos de Van Gogh, *Os comedores de patacas*. O pintor quixera retratar entón a humildade con que vivía a xente traballadora, de mans deformadas, que xantaban as patacas que cultivaban. Rivas sentía predilección por aquela pin-

tura do século XIX e observaba como en Galicia, un século despois, aquel sistema de autoabastecemento esmorecía.

Na cidade, Samuel loita por desengancharse da heroína, unha lacra que condicionou a máis de unha xeración na década dos oitenta. Súa nai, viúva, non é quen de apartalo dun vicio que o destrúe e que fai que delinca, que transite polos lugares máis lúgubres da cidade. Un mal xiro de volante lévao a un hospital, onde convive durante uns días con home de idade avanzada que lle pregunta se escoita a curuxa ou o muíño. Aquel mundo tan próximo élle moi afastado ao adolescente que ten unha imaxe do rural fría, de atraso e pola que non sente ningún interese. Con todo, a vida lévao

á aldea familiar, alí segue a avoa e as ferramentas do avó, tamén o seu pasado, a súa infancia, os xogos dos primeiros anos. Aquel lugar parece intacto, a el non chegou a globalización. O lume da lareira aprende nos ollos como un feitizo» e preguntase que cor darán os corpos ao arder. A avoa cultiva dalias, calas e crisantemos para os mortos a carón das coles.

O selo Xerais recupera trinta anos despois unha nova edición revisada polo autor. A obra segue de actualidade e cada vez sufrimos máis ese modelo económico capitalista e totalizador, que non admite outras formas de vida. Con esta novela regresamos ao útero materno, a esa Galicia que se foi perdendo.